

Miguel Hernández: Un poeta imprescindible

Dr. Manuel Muñoz Ibáñez

Académico de Número.

Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, Valencia

RESUMEN

El autor bosqueja la trayectoria del poeta Miguel Hernández centrándose en aspectos en los que personas y circunstancias se vinculan a su entorno: su pueblo natal, Orihuela, situado en la Vega Baja; su madre Concepción; su hermana Elvira; el canónigo Luis Almarche; la guerra civil de 1936; el poeta Ramón Sijé; y el intercambio epistolar y su relación sentimental con la pintora Maruja Mallo y otras jóvenes de las que se enamoró el “poeta del pueblo”.

También, los poemarios del escritor son atención del presente estudio.

Palabras clave: Miguel Hernández / Literatura / Primer tercio del siglo XX / Biografías

ABSTRACT

The author sketch the trajectory of the poet Miguel Hernández focuses on areas where people and circumstances associated with him: his hometown, Orihuela, located in Vega Baja, his mother Concepción, his sister Elvira, the Canon Luis Almarcha, the Civil War of 1936, the poet Ramon Sijé; and the exchange of letters and his relationship with the painter Maruja Mallo and other young ladies that fall in love with «the people's poet.» Also, the collection of poems of Miguel Hernández are important in this study.

Keywords: Miguel Hernández / Literature / First third of the twentieth century / Biographies

Durante los últimos meses, a través de los medios de comunicación hemos asistido a una información extensa acerca de la figura de Miguel Hernández: generalmente resúmenes biográficos o datos sobre circunstancias puntuales; en menor medida nuevos criterios acerca de su obra, pero que, en ambos casos, todavía nos dejan cuestiones muy abiertas. Cuando me planteé preparar esta conferencia, lo hice intentando resolverme aquellas preguntas que hasta el momento habían sido más complejas para mí; porque tal vez también lo habrían sido en alguna medida para ustedes partiendo de la base que, hasta hace muy poco, la divulgación de su mundo se circunscribía a unos pocos elementos reiterados: sus vivencias adolescentes como pastor de cabras, su participación, años después, como intelectual activista durante la guerra civil, o su reclusión prolongada, hasta su muerte, en Alicante.

Siendo estas vivencias ciertas, sólo nos aproximan a una parte de su producción literaria, en la que no sólo aparecen relaciones directas con la naturaleza, o con el compromiso social, sino también con la sensualidad literaria, la pasión amorosa o la religiosidad; además de la añoranza, la soledad, la tristeza y el vacío.

Calificado en su día como: “Poeta del Pueblo”, y sin querer inferir en esa identificación honrosa, he titulado esta conferencia como “poeta imprescindible” porque su obra creativa trasciende mucho más que la incluida en sus dos libros de guerra y porque considero además, que pasado el tiempo, es nuestra experiencia personal la que la necesita, como una exigencia saludable para nuestra mente, con capacidad para remover nuestro potencial emocional y, en

definitiva, el reencuentro con una parte de nosotros mismos.

Para ayudarnos a encontrar la realidad del poeta, además de su paciente lectura, hemos recurrido a los textos que ya podemos considerar clásicos: de Juan Cano Ballesta; María de Gracia Ifach; Pablo Neruda; Vicente Aleixandre; Octavio Paz o Agustín Sánchez Vidal, entre otros autores, atentos a la producción literaria. Recientemente hemos seguido la extensa biografía de José Luis Ferris editada por Planeta este mismo año cuya secuencia nos aproxima al ser humano.

Miguel Hernández se halló en muy distintos escenarios, aunque su obra se desarrolle básicamente en dos ciudades: Orihuela y Madrid; porque en el marco de una existencia breve, había varios universos cambiantes: el de la sociedad en la que se vio obligado a subsistir y el de su preparación intelectual, cuya transformación acelerada parecía presagiar una necesidad urgente.

Todos sabemos de creadores con una vida corta, pero de una intensidad muy superior a la que entendemos presumible, de tal suerte que sus obras de juventud ya poseen una profundidad “definitiva” que las incluye en el “paraíso” de las capacidades humanas, y de otros, que también pertenecen al universo de los privilegiados con una producción extremadamente breve, porque el misterio de la trascendencia y de la profundidad, se escapa a las leyes de la lógica.

Por tanto, no esperen que mis palabras “desvelen” el secreto literario de un poeta extraordinario que falleció siendo joven, porque lo más que podemos intentar es aproximarnos de puntillas, sin hacer mucho ruido, ya que las claves permanecerán –afortunadamente– inextricables y gracias a su misterio, sus obras seguirán conmoviendo durante generaciones.

Permítanme pues, que en vez de exponerles un resumen de su biografía al uso, estructurada sobre las bases de una cronología estricta, intento desarrollar su evolución personal inserta en su contexto, constituido por personas y circunstancia (circunstancias y personas) que resultaron especialmente destacadas, para centrarme en los aspectos que las vinculan con su obra, eso sí, planteado como un viaje que sobre-

vuela el inconsciente del poeta, a una distancia que en unos juicios puede estar cerca, pero que en otros momentos puede alcanzar un trecho inmensurable.

En primer lugar es obligada una aproximación a su entorno en Orihuela, donde se desarrollaron su infancia y los primeros años de su juventud durante tres décadas del siglo XX; pero también donde en 1939 sería detenido de manera inexorable y en cuya cárcel pasó las mayores privaciones. Sin comprender aquel ámbito oriolano, antes y después de la tragedia bélica, es muy difícil explicarnos algunos aspectos muy importantes tanto de su trayectoria vital como de su poesía.

Miguel Hernández nació el 30 de octubre de 1910 en el seno de una familia modesta pero en la que no se pasan necesidades. Su padre es tratante de ganado y cuando llega Miguel tienen un hijo varón y una hija. Esta posición sencilla, pero confortable, permite que a los cuatro años y medio ingrese en un colegio privado, en el que se sabe que permanece al menos, diez meses. Se desconoce el lugar donde estuvo escolarizado hasta los nueve años, cuando aparece en las clases del centro: “Ave María” que seguía los métodos pedagógicos del Padre Manjón. Allí recibió una formación cristiana y llegó a ser incluso, monaguillo. Era una escuela gratuita que estaba al lado –aunque separada– del colegio de Santo Domingo, regentado por los jesuitas. En el “Ave María” estuvo cinco años: 1918-1923, cuando ingresa en el colegio de Santo Domingo, por ser un alumno muy brillante. Entonces, durante el inicio del curso escolar 1923-1924 Miguel Hernández comienza a convivir con los hijos de las clases más distinguidas de Orihuela, obteniendo unas notas excelentes y comenzando el bachiller; pero en marzo de 1925 su padre decide sacarlo del colegio.

Si tenemos en cuenta que los hijos de familias pobres no tenían una escolarización mayor de uno o dos años, podemos comprender que la suya fue comparativamente mayor: hasta diez años, aún con algunas interrupciones.

He querido entresacar estos detalles, no sólo para que intentemos aproximarnos a su germen

formativo, sino también a su vocación literaria, que no surge de la nada, sino sobre la base de una normalidad, que en su caso se extiende hasta la adolescencia.

Antes de adentrarnos en la obra del poeta voy a realizar una sucinta aproximación a los personajes que fueron importantes en su primera etapa.

De su contexto familiar cabe destacar algunos aspectos puntuales: inicialmente, la hosquedad de su progenitor: Miguel –el primer personaje en el que me voy a detener–, que formaba parte de una sociedad donde la autoridad paterna era entendida como una cuestión indiscutible. Un hombre que a partir de un momento de infortunio en los negocios, saca de la escuela al muchacho a los catorce años para exigirle que se dedique en exclusiva al pastoreo, porque entiende que es la única salida familiar. Desde el principio, ve truncadas sus expectativas, intuendo que en poco tiempo romperá el camino que ha trazado para él. Su oposición radical llega hasta prohibirle el contacto con los libros y el muchacho se los lleva al monte, los lee en su habitación por la noche con la complicidad de su madre, e incluso sigue la prensa, porque cuando ha encerrado al ganado, acude a un café donde se reciben revistas y diarios que va devorando sin gastarse un céntimo. Son artículos de diarios, folletos con versos edulcorados y publicaciones locales. Ya durante aquel tiempo llevaba consigo papel de estraza y comenzó a escribir. Cuando su padre percibe, que además de intentar formarse, su hijo posee una vocación literaria, no lo comprenderá jamás.

El segundo personaje importante en su biografía fue el de Concepción, su madre, que ocupó un lugar completamente distinto: una mujer afectuosa que intentó proteger el hijo en sus afanes, intermediar ante las situaciones violentas de la casa y trató de ayudarlo en sus necesidades materiales hasta donde pudo. De hecho, fue la persona que con su actitud dulce y positiva, permitió que el escritor recordase con añoranza en sus versos, el pequeño recinto al aire libre en la calle de Arriba, donde vivieron, muy cerca de la sierra: allí estaban el patio, la higue-

ra, las pitas, el limonero y el pozo, elementos que tanto aparecerán en sus poemas: “¡Volverás a mi huerto y a mi higuera!”, escribirá años más tarde, cuando componga su impresionante elegía.

El tercer personaje, fue su hermana Elvira, que también se puso de su parte y pudo echarle alguna mano en otros momentos difíciles en el Madrid de los años treinta.

El cuarto personaje significativo de aquella primera época, fue Luis Almarcha, el canónigo de la Catedral de Orihuela, que conoció a Miguel en Santo Domingo. Será su primer mentor y puso a su disposición su biblioteca, dejándole libros que el muchacho leía mientras pastoreaba: Virgilio, San Juan de la Cruz; Gabriel Miró; Verlaine; fray Luis de León; pero también otros clásicos a través de las publicaciones de la Biblioteca de Autores Españoles. Esto posibilita que en sus primeras poesías aparezcan figuras míticas: Galatea, Dafnis, Medusa... Luis Almarcha le permitirá utilizar su máquina de escribir y será el que pagará la edición de su primer libro: “Perito en lunas”.

Años después la sociedad española de los años treinta iba a sufrir en la guerra un cataclismo trágico, con una persecución a los componentes del clero en la zona republicana. Luis Almarcha fue apresado en Barcelona, permaneciendo un año en la cárcel; pudo escapar a Francia y al acabar la guerra, regresó a la zona nacional, volviendo a Orihuela en 1939. Cuando aquel año, estando encarcelado el poeta le solicitó ayuda, no fue demasiado contundente y reflejó que, aunque procedía de buena familia: “debía regenerarse”. Años después de que Miguel Hernández muriera, Luis Almarcha se convirtió en un hombre importante en el seno de la iglesia y de la política del régimen: Procurador en Cortes desde 1943; miembro del Consejo del Reino; obispo de León desde 1944 hasta 1970; ponente importante en el Concilio Vaticano II, obteniendo numerosas condecoraciones: Cruz de San Raimundo de Peñafort; Gran Cruz de Isabel la Católica; Gran Cruz de Alfonso X el Sabio y fue Medalla de Honor de la Real Academia de BB.AA. de San Fernando.

Antes de aproximarnos al personaje más significativo del entorno de Miguel Hernández, vamos a dar una breve pincelada al conjunto de la vida cotidiana de Orihuela durante aquellos años: en la segunda y tercera década del siglo XX la ciudad poseía una burguesía muy bien asentada que tenía sus propios lugares de reunión: el Casino; el Circulo Católico Obrero; y el Círculo de Bellas Artes, en un entorno de un nivel cultural superior al de otros espacios de la época, pero marcado por el clericalismo dominante. Hemos de recordar que existían muchos ámbitos docentes desarrollados en un clima religioso: Además de la Catedral, el Seminario de Santo Domingo; pero también los conventos de jesuitas, franciscanos, capuchinos, clarisas, salesas, agustinas, dominicas, carmelitas... además de las parroquias. En aquel entorno social, la adolescencia de Miguel Hernández, fuera de su casa no fue hostil y poco a poco se fue relacionando: inicialmente con muchachos de familias humildes preocupados por la lectura y después con los hijos de la propia burguesía.

En 1926 —cuando tenía 16 años— un niño de 12, llamado José Marín, había obtenido un premio en Madrid por una redacción: “España, la de las gestas heroicas”. Cuatro años después, este José Marín Gutiérrez, un muchacho de aspecto famélico y frágil, conservador y religioso, contactará con Miguel a través de amigos comunes y se convertirá en su más rendido admirador, pero también en su orientador espiritual.

Con una formación superior a pesar de su juventud, una inteligencia despierta y una ambición intelectual asentada a través de la lectura y el esfuerzo, José Marín, que adoptará el pseudónimo de Ramón Sijé, se convertirá en el estímulo y en el acicate de Miguel Hernández. En gran medida fue su segundo mentor. La extensión de la influencia de Sijé sobre el joven poeta se prolongará hasta unos meses antes de la guerra civil: es el que lo apoya moralmente, el que estimula sus ambiciones literarias y el que lo alienta en su primer viaje a Madrid. Ramón Sijé: ultraconservador y antiliberal, ve en Miguel Hernández una energía creadora que él no poseía y a fuerza de creer en él, tiene la

esperanza de conseguir un resultado que por sí mismo es incapaz de lograr.

Miguel Hernández sale por primera vez de aquel ambiente oriolano para viajar a Madrid en diciembre de 1931. Intenta contactar sin éxito con el mundo literario de la época, pasa hambre y pasa el tiempo buscando algún trabajo y estudiando en la Biblioteca Nacional. Conoce la poesía de Alberti, de Lorca, de Guillén, de Gerardo Diego. Pero también ha leído a Góngora, Gabriel y Galán, a Antonio Machado y a Juan Ramón Jiménez; a Ortega y Gasset; a Rémy y a Andreief. Es un lector infatigable que ocupa en ello todas las horas durante cuatro meses. Regresa y termina su primer libro: “Perito en lunas” que sale a la luz el 20 de enero de 1933, escrito en octavas reales. El volumen pagado por el canónigo Almarcha, al que antes nos hemos referido, costó 425 pesetas y tuvo una edición de 300 ejemplares. En aquel tiempo Miguel Hernández era un hombre religioso y tenía 22 años.

¿Qué fue, qué es “Perito en lunas”? Podemos preguntarnos. Aunque inicialmente los poemas no tuvieron título, se les incorporó después facilitando una aproximación a su significado, porque se trata de una obra compleja, difícil, en la que el autor pone en juego toda la técnica adquirida, no sólo la del lenguaje, (en la rima y en el recreo literario) sino también su capacidad para abstraer y elaborar una realidad simbólica que pretende ser conceptual. Una alambicada sensualidad literaria, propia de un periodo precoz, en el que el conocimiento y el alarde erudito, se sobreponen a la vida.

Será un ejercicio que se transformará en muy poco tiempo, –curiosamente– en una poesía directa, comprensible y al mismo tiempo emocionante.

De esta primera obra he extraído un poema que según su título, hace referencia a una granada.

Sobre el patrón de vuestra risa media,
reales alcancías de collares,
se recorta, velada, una tragedia
de aglomerados rojos, rojos zares.
Recomendable sangre, enciclopedia

del rubor, corazones, si mollares,
con un tic-tac de plenilunio, abiertos,
como revoluciones de los huertos.

En los dos últimos versos, ya se desvela el lenguaje imaginativo y naturalista que nos emocionará más adelante:

“con un tic-tac de plenilunio, abiertos,
como revoluciones de los huertos”

El libro no tuvo éxito. No podemos saber si Miguel esperaba que fuese la puerta que le abriera su relación con el mundo intelectual del momento, pero no se produjo.

En aquel contexto descorazonador se dirige a García Lorca, a quien había conocido en una entrevista fugaz, y despechado por el silencio literario y crítico, le pide que opine sobre el libro, en un tono vehemente y exigente. Lorca le contesta pidiéndole que no sea vanidoso con su obra, y que no esté obsesionado como “poeta incomprendido”. Miguel Hernández le contesta en unos términos dolidos: “No es vanidad, sino orgullo malherido” le responde, y le añade una frase que fue definitiva para sus relaciones personales: “Aún no venía tu carta por el camino cuando ya me había divorciado de ella”.

Una de las actitudes que observamos en todos sus textos epistolares, es la extraordinaria confianza que posee en su trabajo literario, que contrasta con su sencillez en el vestir, y según los testimonios, en el trato personal, donde los que lo conocieron lo han definido como un joven asequible, candoroso y de fácil relación. Cuando, años después, le entregue poemas sueltos a la que fue su esposa, actuará de un modo parecido: convencido de que se trata de un material muy valioso, que servirá para su sustento en el futuro.

Desde aquel intercambio epistolar, aunque Miguel Hernández intentó en muchas ocasiones el acercamiento al poeta granadino, éste lo rechazó de plano, hasta el punto que Federico García Lorca llegó a pedir a amigos comunes que apartaran a Miguel porque quería evitar coincidir con él en cualquier parte. A pesar de ello, el

escritor oriolano, cuando en 1936 se enteró de la muerte de Lorca, le escribió una sentida elegía.

Durante 1933 y 1934 está escribiendo su segundo libro: “El silbo vulnerado” en cuya primera versión incluye poemas religiosos. Todavía se encuentra bajo el influjo espiritual de Ramón Sijé. Podemos decir que su primera parte es la obra de la influencia cumbre de su amigo. Miguel ha estudiado profundamente a San Juan de la Cruz y ha abandonado por completo las relaciones gongorianas y difíciles de su primera obra. Paralelamente acomete la producción de un auto sacramental. Presenta “El silbo vulnerado” al Concurso Nacional de Literatura, donde pasa completamente desapercibido.

Lo que ocurrió en la evolución de Miguel Hernández durante aquellos años fue de tal envergadura, que el conjunto del poemario sufrió una larga evolución, arrancando desde la poesía “pura” y el influjo clásico y espiritual, hasta llegar al encuentro amoroso y al contacto con la sensualidad de la naturaleza; alcanzando posturas neorrománticas.

De los primeros textos de 1933, donde se percibe el fundamento religioso, he extraído algunas estrofas:

(Yo, en busca de mi alma)

.....
.....

Te veo en todo lado y no te encuentro.
y no me encuentro en nada;
te llevo dentro, y no, me llevo dentro.
¡ay! vida mutilada,
yo, en mi mitad, ¡oh Bienenamorada!

Mi amor, a quien agrega fortaleza
la soledad del huerto,
seco de sed por ti, sufre y bosteza,
y sigue en su desierto
por no caer de tentaciones muerto.

.....
.....

Estos poemas son menos conocidos, pero son de una extraordinaria profundidad y de una gran belleza.

“El silvo vulnerado” fue un poemario que no se llegó a publicar en vida del autor y que en definitiva recoge los escritos entre “Perito en lunas” y su siguiente libro: “El rayo que no cesa”, incluido un pequeño conjunto bajo el epígrafe de “Imagen de tu huella”. Es posible que Miguel Hernández cesara en su interés por publicarlos como un libro, al percibir la distancia entre los primeros y los últimos.

Mis ojos, sin tus ojos, no son ojos,
que son dos hormigueros solitarios,
y son mis manos sin las tuyas varios
intratables espinos y matojos.

No me encuentro los labios sin tus rojos,
que me llenan de dulces campanarios,
sin ti mis pensamientos son calvarios
criando cardos y agostando hinojos.

No sé qué es de mi oreja sin tu acento,
ni hacia qué polo yerro sin tu estrella
y mi voz sin tu trato se afemina.

Los olores persigo de tu viento
y la olvidada imagen de tu huella,
que en ti principia, amor, y en mí termina.

La velocidad con la que evoluciona su obra ha sido exponencial. Él mismo casi no reconoce algunos poemas de las etapas anteriores (aunque muy recientes) donde la influencia clásica y religiosa de Ramón Sijé era más determinante. ¿Qué ha ocurrido para que en unos meses el cambio fuese tan profundo?

Durante aquel tiempo intenta acercarse a una muchacha del pueblo “Carmen” que no le contesta sus cartas y que implícitamente lo rechaza, hecho que no impide su idealización en las cuartillas de Miguel. Pero un cambio definitivo se produce en su segundo viaje a Madrid entre marzo y diciembre de 1934, porque aunque va con “El silvo vulnerado” bajo el brazo y con auto sacramental, a diferencia de lo ocurrido en su primer viaje, conoce el mundo literario, la situación política y se relaciona con un movimiento artístico en el que encuentra

una compenetración espiritual determinante: me refiero a la conocida “Escuela de Vallecas” de la que formaron parte los pintores Maruja Mallo y Benjamín Palencia y el escultor Alberto Sánchez (cuyos trabajos en aquel periodo se veía influenciados por el postcubismo y el surrealismo). Como ustedes saben, la Escuela de Vallecas, intentaba una modernidad enraizada con el campo, con el contacto con la naturaleza, donde la acción del artista se sintiese como una verdadera compulsión. Era el mundo que Miguel Hernández necesitaba, porque sus raíces eran las del monte, bajo un inmenso cielo azul, en contacto con las floraciones silvestres, más alejada de las vivencias de una gran urbe, donde las relaciones personales estaban mediadas por una sucesión de convenciones que él desconocía. En aquel momento era un joven risueño, generoso, con una gran confianza en su capacidad literaria, pero entregado a sublimar la vida.

Mantendrá una relación sentimental con Maruja Mallo, una mujer desinhibida, excéntrica e independiente, a cuya evocación dedicará algunos poemas amorios. Pero el escritor de pelo rapado, ojos saltones y claros, con pantalones de pana, será un paso fugaz en la vida sentimental de la pintora y su fracaso amoroso y su ausencia lo llevarán a la melancolía.

Pero a la hora de analizar estos contextos no debemos olvidar que en 1931 en España se había constituido un régimen republicano en el que se producen enfrentamientos conceptuales en el mundo poético: en el que se debate la poesía pura, en un sentido juanramoniano, frente a posiciones neorrománticas. A Miguel Hernández estas cuestiones le llegan a lo largo de 1934 cuando en Madrid, además de los artistas comentados, establece una relación amistosa muy directa con Pablo Neruda. En aquel universo en el que los poetas pensaban que su creación podía contribuir mejorar el mundo, Miguel Hernández se va desprendiendo de los influjos de Ramón Sijé, con quien se escribe a menudo, y va asumiendo un escenario distinto. Entretanto, su vida diaria se mantiene trabajando para José María de Cossio en su edición monumental de “Los Toros”, cuya aproximación le permiti-

rá numerosas alusiones taurinas en su siguiente libro: “El rayo que no cesa”, en el que desborda un neorromanticismo enraizado con sus orígenes populares y sus pasiones amorios.

Desengañado del fracaso amorio con Maruja Mallo, en uno de sus viajes a Orihuela se aproxima a Josefina Manresa, una muchacha sencilla, religiosa, que trabaja de modista y en la que percibe una inocencia, un retorno a la verdad, que le cautiva. Será en Diciembre de 1934 de vuelta a Madrid, cuando le escriba por primera vez, unos días antes de que sufra una recaída de una enfermedad pulmonar, que al parecer arrastraba desde su primer viaje. En 1935 conoce a Vicente Aleixandre y la amistad entre ambos será profunda, y su libro: “La destrucción o el amor” adquirirá una gran importancia en sus trabajos poéticos porque significa el encuentro con el verso libre, con un neorromanticismo espontáneo y apasionado de relaciones surreales. He aquí unas estrofas del poema “Unidad en ella”, de Aleixandre.

Cuerpo feliz que fluye entre mis manos,
rostro amado donde contemplo el mundo,
donde graciosos pájaros se copian fugitivos,
volando a la región donde nada se olvida.

Tu forma externa, diamante o rubí duro,
brillo de un sol que entre mis manos deslumbra,
cráter que me convoca con su música íntima,
con esa
indescifrable llamada de tus dientes.

Muero porque me arrojé, porque quiero morir,
porque quiero vivir en el fuego, porque este
aire de fuera
no es mío, sino el caliente aliento
que si me acerco quema y dora mis labios
desde un fondo.
.....
.....

Durante 1935 la relación con Josefina Manresa sufre altibajos y se distancian, sintiéndose enamorado de otra mujer: María Cegarra, una

muchacha murciana, conservadora y católica, que había conocido años antes a través de Carmen Conde y de Antonio Oliver. María Cegarra tampoco le corresponde. “El rayo que no cesa” contiene veintisiete sonetos y otros tres poemas que corresponden a estructuras literarias distintas. En todos ellos: el amor, la pasión, el desengaño y la muerte, nos aparecen en medio de esa estructura clásica con una potencia desbordada.

Los críticos han pugnado por atribuir a cada una de las mujeres de las que se sintió enamorado su relación con determinados versos: una labor erudita, pero innecesaria a mi juicio, porque su significado sólo dependía de la sola reacción emocional del alma del poeta, que ha ido sufriendo despechos fracasos y abandonos.

Tengo esos huesos hechos a las penas
y a las cavilaciones estas sienes:
pena que vas, cavilación que vienes
como el mar de la playa a las arenas.

Como el mar de la playa a las arenas,
voy en este naufragio de vaivenes
por una noche oscura de sartenes
redondas, pobres, tristes y morenas.

Nadie me salvará de este naufragio
si no es tu amor, la tabla que procuro,
si no es tu voz, el norte que pretendo.

Eludiendo por eso el mal presagio
de que ni en ti siquiera habré seguro
voy entre pena y pena sonriendo.

A aquellas alturas era evidente la distancia entre los criterios de Ramón Sijé –que condenaba la antivirtud del cuerpo femenino como razón del pecado– con la vida y la creación literaria del poeta. El 29 de noviembre de 1935 el intelectual oriolano le escribe una dura carta a Miguel reprochándole su acercamiento a Neruda y Aleixandre.

Durante aquellos días, Miguel Hernández aún tuvo una nueva relación sentimental, esta vez con María Zambrano.

El 24 de diciembre, rodeado de sacerdotes y de consejeros espirituales, fallecía en Orihuela, Ramón Sijé. Acababa de terminar la carrera de derecho, sin que se sepa la causa exacta del óbito: tal vez una neumonía. Tenía 22 años. Miguel Hernández estaba en Madrid y se enteró porque Aleixandre leyó la noticia en un periódico. El impacto fue tremendo. “El rayo que no cesa” ya estaba terminado y el 10 de enero de 1936 el poeta escribiría la famosa “Elegía” en memoria de su amigo y la incluye en su libro cuando ya está en la imprenta, puesto que se encuadernó y salió a la calle el día 24 (Ed. Héroe).

José Marín –Ramón Sijé– no había alcanzado por sí mismo el reconocimiento y la gloria que buscaba, pero involuntariamente, ha trascendido a través del impacto tremendo que su óbito causó en Miguel Hernández y en el hecho de que incluyera en el libro su dedicatoria explícita:

“En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como el rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería”

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas
compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.

El poema, como todos recordamos, sigue emocionante hasta alcanzar su última estrofa:

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

Sin duda una elegía que desde aquel momento ha entrado a formar parte de la historia de la literatura en lengua castellana.

“El rayo que no cesa” se publica en enero de 1936 y es el poemario en el que aparece el amor de una manera desinhibida y clara, pero en el que también refleja el desengaño y la dureza de verse abocado a la melancolía. Es el hombre que añora la utopía en todos los aspectos de la vida; el humanista apasionado y sencillo que sufre por no alcanzar la plenitud de una existencia joven. La dedicatoria del libro ya es en sí mismo una incógnita cargada de ambigüedad y de tristeza: “A ti sola, en cumplimiento de una promesa que habrás olvidado como si fuera tuya”. Miguel Hernández reanudó definitivamente la relación con la que sería su mujer en febrero de 1936, por tanto, después de publicado el texto. El libro supone un reconocimiento objetivo, incluso de Juan Ramón Jiménez: “Todos los amigos de la 'poesía pura' deben buscar y leer estos poemas vivos...que no se pierda esta voz, este acento, este aliento joven de España”

El estallido en julio de la guerra civil supuso un acontecimiento trágico que el poeta vive inicialmente desde Madrid. Durante aquellos meses, la relación con Josefina Manresa supone un retorno, de nuevo, al punto de partida y a la naturaleza, aunque fuese un contacto básicamente epistolar. Josefina Manresa, conservadora y católica, percibe consternada como un grupo de milicianos incontrolados asesinan a su padre, que era guardia civil, el 13 de agosto del 36. Cabe pensar el inmenso sufrimiento moral que esta circunstancia pudiera provocar durante los años posteriores, cuando es consciente de la militancia y el compromiso del que sería su esposo. Miguel Hernández recibe en septiembre la noticia del asesinato de Lorca en Granada, y al poco, se alista como voluntario en el ejército de la República. El poeta vive la

contienda en el frente y politiza su capacidad creadora en la dirección en la que entiende que se debe extender la justicia social. Inicialmente como un soldado más, pero cuando descubren sus capacidades literarias, le encargan de actividades de propaganda que él prolonga en forma de artículos y de poemas.

La madurez definitiva de “El rayo que no cesa” le permite introducirse con una absoluta libertad en el siguiente libro: “Viento del pueblo”. Una poesía directa, que utiliza el romance en ocasiones y que traslada con un vigor y un apasionamiento inefables. Una poesía “impura” en los términos juanramonianos, pero sentida y vehemente, realizada desde la inmediatez y a veces desde la urgencia. Se le traslada desde el cuerpo de zapadores a un batallón en el convive con otros escritores. En febrero de 1937 se encuentra en Valencia camino de Jaén. Sus poemas bélicos están compuestos para ser recitados entre las tropas del frente. “Viento del pueblo” se publicó en Valencia, en septiembre de 1937, en la litografía Durá, –requisada– bajo el pie editorial de: “Socorro Rojo” y lo dedicó a Vicente Aleixandre. El carácter extraordinario y trágico de la contienda lo encaminan hacia los contenidos épicos, porque cree que puede contribuir a la exaltación de los valores comunes que defiende. Sin embargo, en el libro no ha incluido todos los poemas sobre la guerra, que aparecen en folletos y en publicaciones secundarias, sino una selección, marcada por su elevada calidad y por su naturaleza menos anecdótica y circunscrita.

Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta

Los bueyes doblan la frente,
impotentemente mansa,
delante de los castigos:
los leones se levantan
y al mismo tiempo castigan
con su clamorosa zarpa.

.....
.....

En 1937 Miguel Hernández goza de movilidad en los territorios de la República y crea, a partir de la contemplación, de la concienciación, de la pobreza instituida durante siglos en aquellos escenarios.

Andaluces de Jaén.
aceituneros altivos,
decidme en el alma: ¿quién,
quién levantó los olivos?

No los levantó la nada,
ni el dinero, ni el señor,
sino la tierra callada,
el trabajo y el sudor.

Unidos al agua pura
y a los planetas unidos,
los tres dieron la hermosura
de los troncos retorcidos.

Levántate, olivo cano,
dijeron al pie del viento.
Y el olivo alzó una mano
poderosa de cimiento.

Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
decidme en el alma: ¿quién
amamantó los olivos?

.....
.....

El 9 de marzo de 1937 contrae matrimonio civil en Orihuela con Josefina Manresa. A partir de este momento todos sus poemas amorios ya estarán dedicados a su ausencia, incorporados en el mismo libro:

He poblado tu vientre de amor y sementera
he prolongado el eco de sangre a que respondo
y espero sobre el surco como el arado espera:
he llegado hasta el fondo.

.....
.....

Tus piernas implacables al parto van derechas,
y tu implacable boca de labios indomables,
y ante mi soledad de explosiones y brechas
recorres un camino de besos implacables.

Para el hijo será la paz que estoy forjando.
Y al fin en un océano de irremediables huesos
tu corazón y el mío naufragarán, quedando
una mujer y un hombre gastados por los besos.

En “Vientos del pueblo” escrito entre septiembre de 1936 y julio de 1937 Miguel Hernández exalta a la fortaleza moral, a la lucha, al pueblo, a la soledad, al amor, a la maternidad y a la muerte. Es un hombre apasionado que cree en la bondad del hombre y en la utopía, que está convencido que su labor divulgativa y creadora es un trabajo necesario y útil en el frente.

Volvió a visitar Valencia en julio de 1937 durante su participación en el II Congreso de Intelectuales en Defensa de la Cultura. Un espacio en el que se debatía el papel de éstos en momentos de conflicto.

Entre 1937 y 1938 escribirá su segundo poemario de guerra: “El hombre acecha”, más corto que el anterior y también publicado, como el precedente, en Valencia, en la “Tipografía Moderna”. La edición fue destruida por las tropas nacionales cuando tomaron la ciudad en abril de 1939, antes de que se pudiese encuadernar; pero por fortuna, se conservaron dos ejemplares: son sólo diecinueve poemas, en los que a diferencia del anterior, se percibe un estado depresivo y taciturno, porque ha vivido demasiadas circunstancias trágicas y en ellos ya se encuentran las sombras del fracaso.

.....
El tren lluvioso de la sangre suelta,
el frágil tren de los que se desangran,
el silencioso, el doloroso, el pálido,
el tren callado de los sufrimientos.

.....

Entre los meses de octubre de 1938 y septiembre de 1939 escribió una parte de los poemas incluidos en “Cancionero y romancero de

ausencias”; su siguiente libro. La guerra civil había terminado en abril y en aquellas fechas estaba comenzando su prolongado y triste camino carcelario. El 4 de mayo había sido detenido tras pasar a Portugal, siendo devuelto a España por la policía lusa y entregado a la guardia civil. En la frontera es reconocido y apaleado y golpeado, hasta sangrar por la orina. De ahí pasará por las cárceles de Huelva, Sevilla y Torrijos, en esta última prisión, al recibir una carta de Josefina en la que describe su situación precaria y límite, escribe las nanas de la cebolla.

La cebolla es escarcha
cerrada y pobre:
escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla:
hielo negro y escarcha
grande y redonda.

En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba.
Pero tu sangre,
escarchaba de azúcar,
cebolla y hambre.

Una mujer morena,
resuelta en luna,
se derrama hilo a hilo
sobre la cuna.
Ríete, niño,
que te tragas la luna
cuando es preciso.

.....
.....

Miguel Hernández es liberado. Equivocadamente, confía en que todo ha terminado y no es consciente que se debe a que había sido encarcelado por una acusación menor. Regresa a Orihuela, y es reconocido, denunciado y encarcelado el 29 de septiembre. Estuvo en el sótano del seminario oriolano convertido en prisión de San Miguel. Allí fue sometido a un durísimo

régimen de aislamiento, y pasó hambre, tal y como se lo escribió a su mujer. Sin embargo, como puede, sigue componiendo versos y remitiéndoselos a través de intermediarios, escritos en pedazos de papel.

En un principio: “Cancionero y romancero de ausencias” constaba de setenta y nueve poemas, pero le fue entregando más a su mujer y definitivamente, se incluyeron ciento treinta y siete, que nunca vio publicados. En ellos expresa su dolor por la soledad forzada, la añoranza del hijo que no puede contemplar y de la esposa. Se trata de un diario de emociones, donde sublima la vida en unas estrofas de apariencia sencilla, pero con una resolución literaria muy madura, minuciosa y eficaz. Ha regresado a la naturaleza y a las profundas vivencias personales. Es éste un conjunto fecundo e indiscutible, en el que el autor se nos muestra como un hombre apasionado y al mismo tiempo solo.

Menos tu vientre,
todo es confuso.
Menos tu vientre,
todo es futuro,
fugaz, pasado
baldío, turbio.
Menos tu vientre,
todo es oculto.
Menos tu vientre,
todo inseguro,
todo postrero,
polvo sin mundo.
Menos tu vientre
todo es oscuro.
Menos tu vientre
claro y profundo.

El 3 de diciembre de 1939 es trasladado a la cárcel de Conde de Toreno de Madrid. En la estación de Orihuela un guardia civil le suelta las esposas durante unos minutos y puede abrazar a su mujer y a su hijo. Josefina tiene veintitrés años y el niño once meses. El 18 de enero de 1940 es sometido a un Consejo de Guerra junto a otros veintiocho reclusos. El defensor era también militar. “Condenamos al procesado Miguel

Hernández Gilabert, como autor de un delito de adhesión a la rebelión militar a la pena de muerte.” Pendiente de ejecutarse tras el “enterrado” del Jefe del Estado.

Según parece, fue José María de Cossío el que se movilizó con todas sus influencias para evitar la ejecución, contactando con el general José Enrique Varela. Según los biógrafos del poeta, el general se entrevistó con Franco, preocupado por el desprestigio del régimen a consecuencia de la muerte de Lorca. La conmutación de la pena se alargó hasta el 9 de julio de 1940. Continúa escribiendo. De aquel lugar pasó a la cárcel de Palencia. El 24 de noviembre de 1940 padece una neumonía, una hemoptisis, tiene treinta años y se le traslada a Madrid. Allí se encuentra con otros presos amigos, cuyas familias les llevan comida y puede alimentarse mejor, pero deja de escribir poesía porque su salud decae y empeora. Tuvo varias propuestas para conseguir la libertad a cambio de firmar una adhesión al bando triunfante, pero las rechazó. Él esperaba ser trasladado al penal de San Miguel de los Reyes en Valencia para ser tratado en Porta Coeli, pero se le conduce a la prisión –reformatorio adultos– de Alicante el 29 de junio de 1941. El 20 de julio pudo ver a su mujer y a su hijo por segunda vez. La enfermedad pulmonar de poeta se va agravando progresivamente durante el resto del año. En febrero de 1942 fue atendido por el director del dispensario antituberculoso de Alicante. Lo visitan sus hermanos y Josefina Manresa

en diversas ocasiones. El 4 de marzo de 1942 el poeta accede a casarse por la iglesia en la enfermería de la cárcel. Le pusieron un drenaje pleural por donde se le vaciaba el pus. Al parecer, los médicos del recinto penitenciario, muy limitados de medios, lo atendieron bien, haciendo cuando podían. El 21 de marzo se recibió autorización para que pudiese ser trasladado a un área penitenciaria en el sanatorio de Porte Coeli, pero ya no estaba en condiciones físicas para soportarlo y a las cinco horas y treinta minutos de la madrugada del día 28 de marzo de 1942 falleció. A petición de los reclusos, se colocó el féretro en el patio y todos desfilaron ante él. La banda del reformatorio formada por los presos, interpretó la marcha fúnebre de Chopin.

Eres la noche, esposa: la noche en el instante mayor de su potencia lunar y femenina.
Eres la medianoche: la sombra culminante
Donde culmina el sueño, donde el amor culmina.

Pide que nos echemos tú y yo sobre la manta,
tú y yo sobre la luna, tú y yo sobre la vida.
Pide que tú y yo ardamos fundiendo en la
garganta,
con todo el firmamento, la tierra estremecida.

Moviendo está la sombra sus fuerzas siderales,
tendiendo está la sombra su constelada umbría,
volcando las parejas y haciéndolas nupciales.
Tú eres la noche, esposa. Yo soy el mediodía.